

Vivir de nuevo

Silvia González



Capítulo 1

Vivir de nuevo.

Año 2500. Los anuncios de los oráculos vaticinaron al escritor Octavio Paz, residente en La Dulce, que pronto, muy pronto, la Tierra se destruiría a sí misma por la contaminación. Fue entonces que Mirna, convertida en líder mundial luego de vencer en la batalla de Tucumán, tomó las riendas totales del poder y, desde Río Gallegos, urdió un complejo plan de salvataje. Se enviarían numerosas naves a diferentes y lejanos planetas. Dentro de estas naves irían cientos de embriones y una inmensa variedad de elementos para que nacieran y pudieran vivir. Junto a ellos, se transportarían robots, magistralmente programados, para que criaran y enseñaran a vivir a estos niños tan insólitamente imaginados.

Año 3000. Tal como se anunciara, la Tierra perdió su capacidad de supervivencia y fue destruida. Sin embargo, el plan de Mirna fue un éxito. Los embriones nacieron, se criaron y se reprodujeron mediante un intrincado método de clonación. Las ciudades interestelares fueron una realidad...y la vida comenzó nuevamente, repitiendo historias y lugares ya ocurridos con anterioridad.

En el planeta llamado Alicante, el clon de San Martín, rememorando el descubrimiento de América, comenzó a explotar minas en busca de oro, aunque sólo pudo extraer un raro líquido que antaño se conocía como Coca-Cola y que fue rápidamente aceptado y comercializado mediante el trueque, entre los habitantes.

En un verde planeta, que llevaba el nombre de Portugal, la Gioconda, luego de su casamiento con Enrique Corradi, dio a luz una increíble prole, que, lejos de pintar o cantar o escribir, reprodujo un juego en el que 22 participantes corrían estúpidamente detrás de una pelota para tratar de embutirla en un arco, hecho fortuito denominado gol, que otra parte de la prole aplaudía a rabiar.

Por este mismo astro, fluía un ancho y profundo río, el Rhin, donde se bañaba con regularidad un profeta llamado Jesús, luego de entrenar, lavar y cepillar amorosamente a sus caballos, en un proceder que mal llamaban doma. A pesar de su clarividencia, no sabía que pronto, los animales se utilizarían, ante su espanto, para correr carreras y apostar con un nuevo y odioso elemento, que bautizaron como...dinero.

En uno de los más alejados planetas, Rumania, un artilugio mostraba al pato Donald ahogado en el mar, pero, al instante, luego de aparecer la palabra Fin, este mismo pato Donald reaparecía en una nueva aventura. Así, recién inventados, los dibujitos animados alegraban y entretenían a los pequeños, pero, de esta forma, se les enseñaba que siempre, siempre,

siempre, aunque la vida termine, siempre, siempre, siempre, volverá a renacer de alguna manera.